

EL DANZARIN

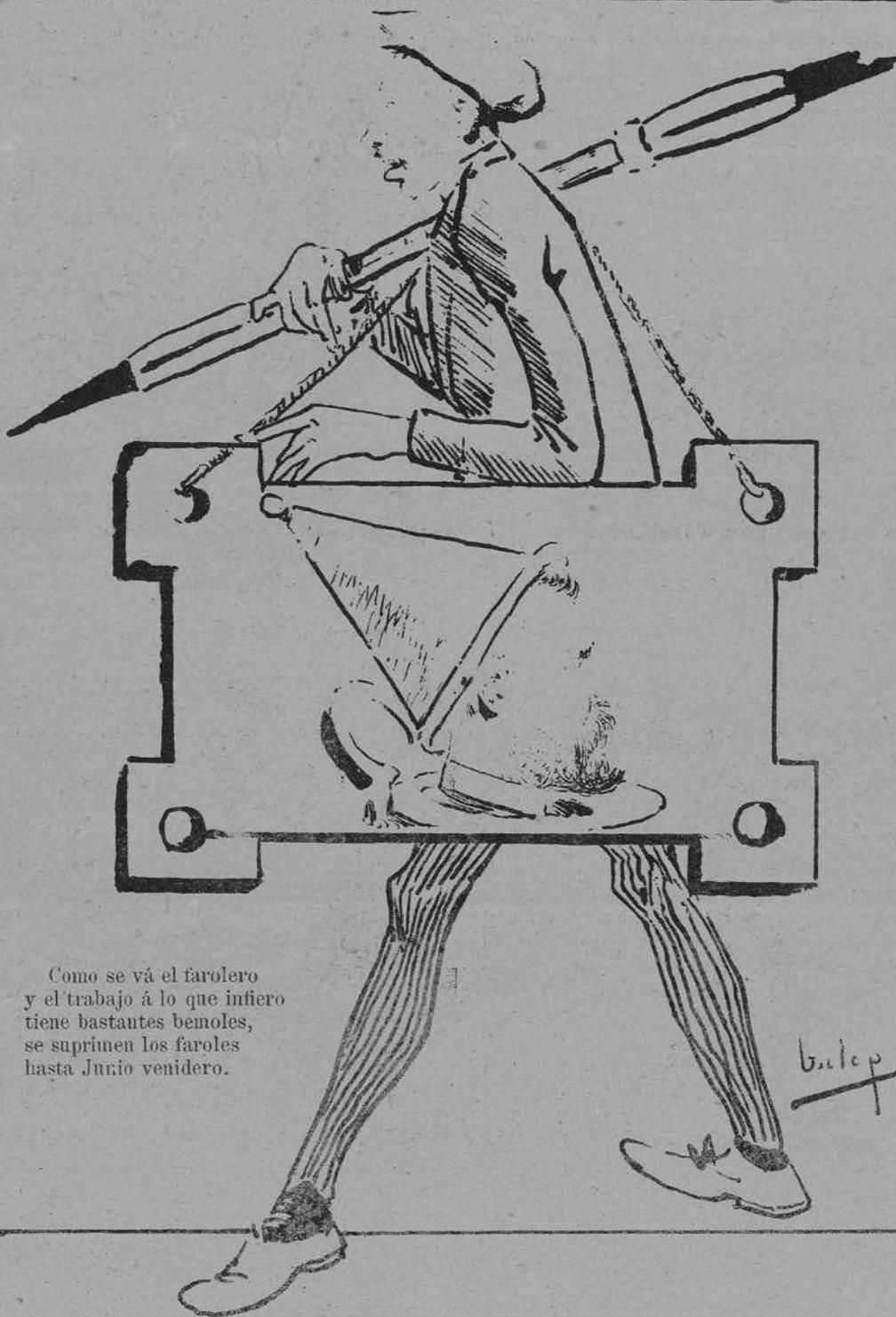
Año 3—Núm. 8

28 Abril 1889



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID



Como se vá el farolero
y el trabajo á lo que infiero
tiene bastantes bemoles,
se suprimen los faroles
hasta Junio venidero.

Bulep



Correo Semanal.

Pues señor, esos chicos del Casino Artista son el mismo demonio.

Se les ocurrió á varios barbianes, gente toda de trueno y de bullanga, la idea de dar una corridita con el fin de pasar distraídos el primer día de Pascua, y como no son de esos que necesitan pensar mucho una cosa para llevarla á cabo, apenas se inició la idea, ya estaban poniéndola en práctica. Esta actividad y ésta rapidez en el obrar, son la característica de esos jóvenes bulliciosos, á quienes quisiera yo ver de ministros de la Corona, á ver si arreglaban ésta pobre nación que está, exactamente lo mismo que yo, á la cuarta pregunta.

De entre los patrocinadores de la idea, se eligió una Junta organizadora encargada de llevar á cabo los trabajos preliminares; se abrió una suscripción; se formó la cuadrilla; se comisionó á un inteligente, para la compra de los bichos, y en fin, se contrataron á unos gaiteros que debían tener un repertorio wagneriano á juzgar por lo poco que se pegaba al oído lo que tocaban. En suma, que llegó el día de Pascua y todo estaba listo.

Dió comienzo la fiesta; salieron los bichos que digase con franqueza, resultaron mas flojos que esos señoritos de la aristocracia que se suelen levantar á las doce y que en todo el día de Dios no hacen otra cosa que bostezar de aburrimiento, y los mataron (á los bichos, no á los señoritos) sin necesitar para ello grandes esfuerzos.

Como en toda corrida, hubo lo que es uso corriente llamar *sinvergüenzas*, chicos de sombrero y gaban que sin pertenecer á la cuadrilla, salen á hacer sus pinitos toreros, para demostrar al mundo que aunque bien acomodados, no dejan por eso de saber echar un capote, la mayor parte de las veces con desgracia.

Yo no diré que á los que bajaron á la arena el domingo á ejercer de *sinvergüenzas*, pueda aplicárseles la palabreja por que son todos chicos de bastante educación y *dinidaz*, pero si no los llamo así no sé como llamarles.

Llámeseles como quiera, ello es que todos esos que vestían de largo, fueron los que mas veces pegaron el rostro á la arena y á quienes con mas ahínco les

buscaban la boca, y á veces otra cosa, los naturales de Orozco.

Las familias respectivas, han tenido toda la semana un sastre en casa, para reparar las averías causadas por el novillo en las ropas del chico. Hubo pantalón, en donde sin permiso de la autoridad competente, abrió el animal una puerta tan grande como la del circo, y americana hubo que á éstas horas está hecha un puro trapo en el costal de Vallejo el traperero.

En suma; la corrida, fué como la tramitación de ciertos expedientes, y la cuadrilla, salvo las valentías del título que oficiaba de picador, y los arranques en corto, por derecho y con bravura del jefe de la gente, no hizo mas que lo que hago yo cuando devuelvo una visita.

De la Junta organizadora, no tengo que decir mas que una cosa, (y la Junta perdone) y es, que no estuvo acertada al prohibir la entrada á las señoras.

No se me oculta, que dadas las pocas facultades toreras de la improvisada cuadrilla, era de suponer que los bichos pusieran al descubierto partes del cuerpo que están mejor ocultas; las cuales partes, podrían haber sido causa de que las mejillas de algunas señoras se tñeran del más vivo carmin, pero de todos modos, creo que no cabe la prohibición, tanto más cuanto que podría haberse arreglado la cosa con haber encargado á los señores de Orozco que puesto que había señoras delante, miraran un poco por la decencia pública y cuidaran de no rasgar el pantalón por ciertas y determinadas partes.

Bien es verdad que la Junta para reparar las faltas y justificar que la prohibición no obedecía á malos quererres, obsequió galantemente á todas las señoras que asistieron á los conciertos que se dieron en el citado Casino en las noches del domingo y lunes.

Esta prueba de galantería para con el bello sexo, acusa en los sócios que se permitieron tal derroche pecuniario, á la par que nobleza y buenos sentimientos, una cantidad escandalosa de caudales que se compadece muy mal con los tiempos que atravesamos, en que antes se cree en brujas ó en el triunfo de don Carlos (que para el caso es lo mismo,) que en que haya sujeto que pueda disponer de una peseta.

Si mi palabra fuese atendida, yo les habia de aconsejar que de hoy más, los gastos que hiciesen con cargo al capítulo de imprevistos, no fuesen de esa natura-

De lo que me olvidaba en N.
 ¿no olvidarme los obispos de Carini?

leza, por que à decir que otro paga hay quien se aprovecha de lo lindo.

Conozco yo una familia compuesta del matrimonio y trece hijas bastante feas por cierto, que en su vida habian ido al café por no gastar y apenas se enteraron de que en el Casino se daban mantecados de valde, se vistieron y allá se fueron en compañía de la muchacha à quien tambien llevaron à que se relamiera aquellos bigotes de carabini-nero retirado que saca à la compra todos los días, con toda su poca vergüenza.

Es preciso no provocar las revoluciones, como decia aquel sujeto, à su criado à quien daba cinco céntimos para que se los diera à un pobre que momentos antes habia despedido con malos modos. De continuar la Junta por el camino emprendido, la revolucion conyugal seria un hecho, y las señoras perderian la costumbre (santa por muchos conceptos,) de acostarse à las ocho ù ocho y media. Y una vez perdida, la libertad del marido quedaba reducida à la categoría de mito, y no habria uno por más Demóstenes que fuera, que las convenciese de que los paseos nocturnos eran útiles y beneficiosos al marido y grandemente perjudiciales à la mujer.

Urge, pues, que en bien de la humanidad moderen sus hábitos esos incorregibles gastadores y lo que habian de gastarse en obsequiar à la mujer del vecino (costumbre que en algun caso encontraria licita) se lo gasten en cofias para sus esposas ó en zapatos para los chicos.

Hé dicho.

J. G.



Tiene razon.

No conocéis cosa buena
Si no habeis visto à Lucía,
Es una linda morena
Más gentil que la azucena
Y más alegre que el dia.
Tiene unos ojos ¡qué ojos!...
Que producen mil antojos
Cuando miran con exceso,
Y unos labios frescos, rojos
Que están reclamando un beso.
¿Quereis saber donde vive?
¿Si? Pues lo voy à decir
En la calle de Olaguibe
Pero antes he de advertir
Que los martes no recibe.
Además hay un gaché
A quien ella le dá pié,
Y si se llega à enterar
Que la quereis requebrar

Os va à hacer lo que yo sé.
Es un tipo, mayormente
Que se peina *pa* delante
Y se tiene por valiente
Y que se bebe aguardiente
Y se muere por el *cante*
Es un granuja muy fino
Algo astuto y muy ladino,
Con la voz áspera y ronca
Capaz de armar una bronca
Al mismo verbo divino.
Lleva una faja encarnada
Y en la faja una herramienta
Que, sin que exagere nada,
Tiene lo menos setenta
Centímetros, empalmada.
Pues por este majadero
Con asomos de ratero,
Se despepita Lucía
Que siempre tuvo manía
Por todo lo que es chulero.
Ya comprende ella que el mundo
Critica su proceder,
Pero dice que Facundo,
Y que Facundo ha de ser,
Porque él es un vagamundo,
Aunque su desdén me hiere
Me agrada que así le quiera
Porque, aun que un malvado fuera,
¿Para lo que ella le quiere
¿No es lo mismo que cualquiera?

E. M.



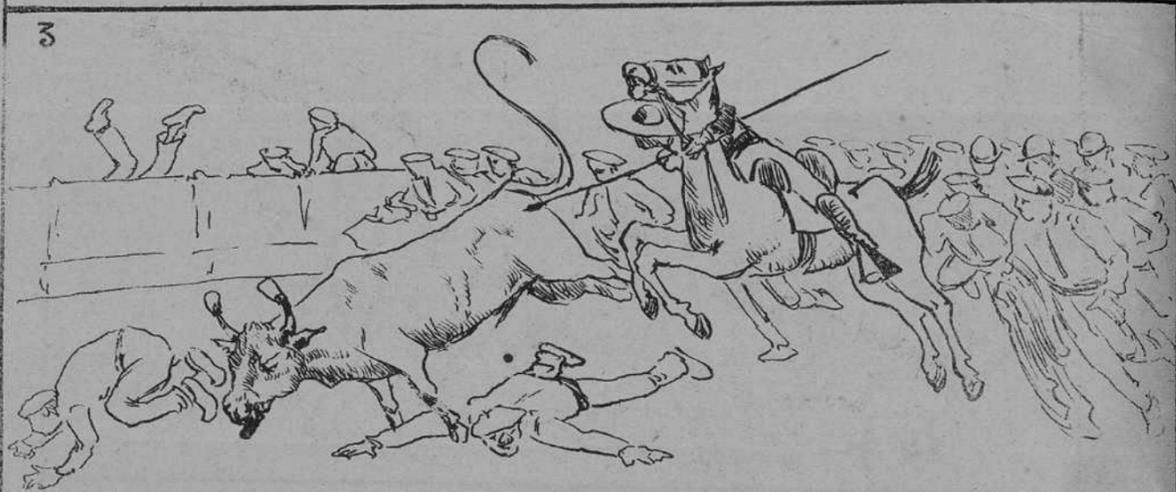
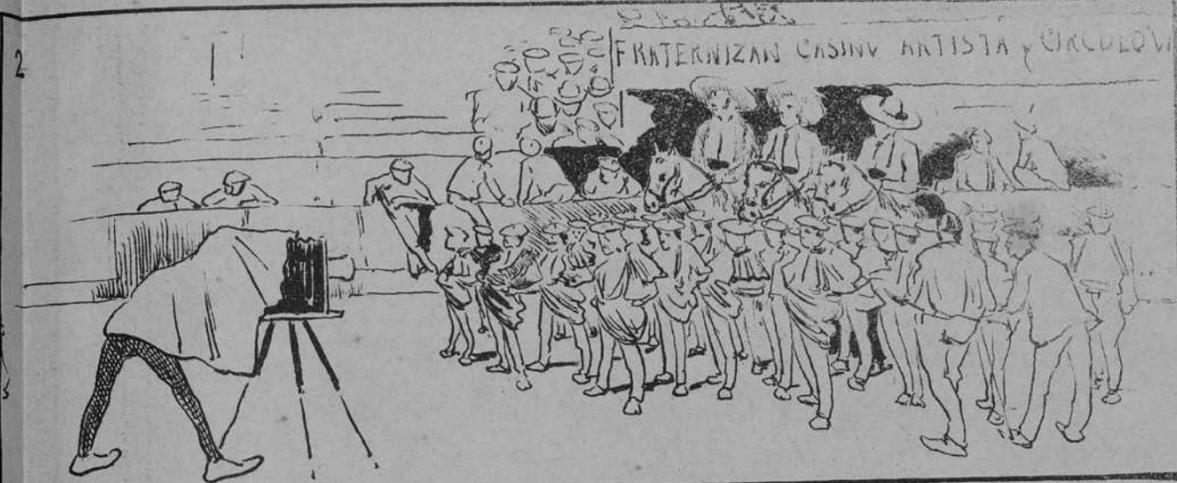
Carta de Bombória.

Sr. Director de EL DANZARIN

Bombória 25 de Abril de 1889.

Desde mi infancia no habia vuelto à mi pueblo natal, que siempre veía en sueños como lo más hermoso, lo más culto, lo más adelantado del mundo. El cariño hacia esta ciudad me hacia conservar como oro en paño los ejemplares de sus publicaciones, y los elogios repetidos que prodigaban à todas las corporaciones é individuos me llenaban de orgullo, poniendo yo à mis paisanos todos sobre los cuernos de la luna por lo sábios, lo buenos, lo generosos, lo cultísimos, etc. etc., riendo sendas batallas con cuantos forasteros, que habian estado aqui, se atrevian à burlarse de lo que ellos llamaban mis cándidas ilusiones. Pero yo, pertrechado con aquellos documentos infalibles, como todo lo nuestro, erre que erre, defendiendo que no habia más allá en todas las ciudades del orbe.

Algunos me llamaban la atención hacia las puntaditas que estos mismos periódicos daban de cuando en cuando, señalando muchas faltas de cultura de mis paisanos, cuando éstos eran gente de baja estofa ó pilluelos callejeros; mas yo que, como buen bomboriano, ni me habia parado à leer tales sueltos, replicaba que esos eran casos raros, debidos sin duda à gente maleante de fuera, obstinada



1 Camino de la Plaza.—2 Fotografía en la Plaza.—3 La suerte de varas.—4 Banderilleado...—5 El primer espada... matando.—6 Lo que hacen los cuernos.—7 Salida de los toros.



en empañar el glorioso lustre de nuestra brillante historia.

Tales y tan frecuentes fueron las contradicciones sufridas, que me decidí á visitar de nuevo mi pueblo natal, para compensar con la contemplación tranquila y desapasionada de tantas bellezas y bondades, el largo destierro á que mis ocupaciones me habían condenado.

Y heme aquí en Bomboria, donde me encuentro la ciudad revuelta y alborotada contra un microbio que le ha salido á su altísima fama, microbio que vá royendo sin compasión y dejando maltrechos todos los timbres que la hermosecaban. Al principio me indigné yo también contra lo que me parecía una insensata profanación; mas luego, lo confieso sinceramente, he visto que roía con razón, que lo que de lejos y visto al través de una prensa bomboriana parecían enormes gigantes, no eran mas que unos miserables molinos de viento, que agitaban constantemente sus pequeñas aspas para asombrar á los papanatas que los miraban á respetuosa distancia.

Pero ¡ay amigo Director! que aún ha sido mayor mi desencanto. Mis paisanos, con la confianza que les daba la amistad de la niñez, no interrumpida á pesar de mi larga ausencia, y sobre todo la ninguna relación que tenía con los hombres infatuados, me han querido hacer objeto de sus confidencias, me han tratado de cándido y de inocente, sin ver que con ello se desvanecían mis convicciones más arraigadas, mis más dulces ilusiones.

Y ¡de qué modo tan terrible, destruyendo en un minuto todo el valor de aquel arsenal de documentos que yo guardaba con el afán con que guarda el avaro su tesoro! He visto un suelto altisonante en un periódico, encomiando los trabajos efectuados por uno de aquellos hombres que yo miraba desde mis mocedades como un semi-dios, y al engreirme por tener un paisano de tal fuste, me dice un amigo:

—No seas cándido; si el tal es un bodoque, si no es capaz de tal cosa, y esos trabajos los han realizado fulano y Zutano.

—No seas tú maldiciente—le respondo—¿quieres que el periódico mienta así á sabiendas?—

—No seas botarate—me replica desdenosamente, si ese suelto es obra mía.

—Y ¿Por qué lo haces, pues, por qué no dices la verdad?

—Toma, toma, porque la verdad no podría decirla sin tener un disgusto, porque hay que llenar el periódico con algo, porque aquí no escribimos más que bombos cuyo sentido ya sabemos los que estamos en el secreto. Además, nuestros periódicos son casi puramente locales; los de aquí ya sabemos qué significa decir que D. Fulano ha estado elocuente, que D. Mengano escribe admirablemente, que D. Zutano es un pozo de ciencia ó que D. Perengano ha realizado los trabajos de Hércules, ó que el de más allá es más músico que Eslava, más poeta que Zorrilla, mejor pintor que Velazquez, etc. etc., y en cambio, los

pocos que fuera de aquí lean esos elogios de *double*, los toman por oro de ley, y esto siempre llena el amor propio de nuestros paisanos y nos permite echárnoslas de cultos y cultísimos y todo lo que quieras.»—

—Pero, hombre, luego vienen esos pocos á nuestra ciudad y han de comprender que todo ha sido farsa y han de reirse de esa qui-jotería tonta.

—No todos vienen, y además, no creas que sea tan fácil conocernos. A tí te lo ha sido por la confianza de tus paisanos; pero no creas que con un forastero hubiéramos sido tan francos. No señor. Luego, que esos á quienes infatuamos con tanto bombo, llenan su papel perfectamente. ¡Vaya! Tú los veras estirados y ceremoniosos como personajes de verdad; con la reserva del hombre de pró; mirándote por encima del hombro si no los tratas, ó como vendiéndote favor con una sonrisita amable si por fortuna los conoces; hablan escuchándose como sabios de veras que dijese sublimidades;... nada, hombre, que llenan admirablemente el hueco que debieran ocupar los hombres superiores de verdad que desgraciadamente andan por aquí tan escasos.

—Comprendo que alabaseis y ensalzaseis á dos ó tres que á donde vayan han de hallar público que les aplauda, gente que les admire, apasionados que les pongan sobre las niñas de sus ojos; pero no que dediqueis esas frases á medianías infatuadas.

—Aquí está vuestro error, amigo Teótimo; esos bomborianos á quienes citas, no necesitan de sueltos encomiásticos, que ellos solos se llevan la fama tras de sí; pero como son tan pocos, no bastan para el objeto, queriendo lucir más de lo justo, y de ahí la necesidad de llenar el vacío con cualquiera que venga á mano, á la manera con que una maritornes vanidosa eclipsa á sus amigas con brillantes americanos. Y aquí entra lo mejor. Estos al lado de aquellos quedan tan liliputienses, que desaparecen de la vista, hay que huir por lo tanto de comparaciones; todo suelto ó artículo que habla de los primeros parece á los segundos un insulto ó un ardid para empuñecerlos ó deprimirlos, y como esto no conviene, se prescinde de aquellos y se ensalza sin medida ni concierto á los últimos, que á fuerza de pinitos y más pinitos, de bombos y más bombos, llegan á figurarse gigantes y lumbreras.

En parte veo que tienes razón, pero lo que no os perdono es el abuso que hacéis de los adjetivos de pueblo *adelantado*, *culto*, *cultísimo*, y otros con que engañáis á nuestros paisanos, que así no se corregirán nunca de sus muchos defectos, pues no sabrán verlos como tales, allagados por vuestro bombo eterno. Nuestros chiquillos usan un lenguaje obsceno que repugna y que no se usa ya en ninguna ciudad verdaderamente culta; he visto niños y niñas bastante crecidos hacer sus necesidades en medio de la calle como en la Zululandia; te saltan un ojo con una piedra en los paseos ó con sus calderones en las calles; en el teatro se alborota muy amenudo como en una plaza de toros; en los bailes más dis-

Biblioteca Nacional de España

tinguados se gastan bromas de mal género y se usa un lenguaje demasiado libre y hasta á veces inconveniente; veis casi con indiferencia que las chicas sufran en paseo y en la calle las impertinencias soeces y aún las bruscas acometidas de algunos que se las echan estúpidamente de graciosos; conserváis un Ateneo á cuyas veladas acuden media docena de sócios, la mitad ó más forasteros, cuando no se decide á patrocinar espectáculos gratis; y aparte otras menudencias que sería largo enumerar, sois en general hipócritas y recelosos, lo cual no puede gustar á los extraños, que en todas partes hallan más expansión que aquí, donde viven aislados como los antiguos judíos en sus barrios, ni á los que ya hemos permanecido mucho tiempo fuera y adquirido otras costumbres y prestado culto á la naturalidad y á la amistad expansiva.

—Amigo Teótimo, exageras mucho, ese microbio maldiciente que nos ha salido, ese Pascobo que no deja títere con cabeza, te ha exaltado con sus intemperancias y te ha hecho suponer peores de lo que somos en realidad.

—No amigo; lo que pasa con la campaña de ese Pascobo, me hace ver que así como en Roma es infalible sólo el Papa, en Bomboria nos han nacido á centenares los infalibles, impecables, excelsos, etc, etc, y aun cuando no me extrañaría que ellos se tuviesen por tales, que la vanidad disparatada puede mucho, si me extraña que los demás defendáis á capa y espada esa suerte de privilegio, y os dejéis tratar por ellos como parias destinados á elevar incienso en los altares de esos ídolos de barro.

Así dije exaltado, amigo Director, dejéle sin oír su contestación, lié el petate y salgo en el primer tren de Bomboria, para no volver en los días de mi vida hasta que haya quebrado esta *Sociedad de bombos mútuos* que casi casi deshonorá á mi pobre ciudad natal, de donde la noble sinceridad ha sido desgraciadamente desterrada.

Suyo,

Domingo B. B. B. B. B.

Pascual Cobo se fuè...

Nuestro querido compañero Pascual Cobo, salió el viernes para Cabra (Andalucía) donde le llevan los deberes de su cargo de profesor.

Cuando la noticia cunda por todos los ámbitos de la ciudad, los ciudadanos mas ó menos importantes que estaban con disenteria desde que nuestro amigo empezó con inimitable gracia á sacar al público los defectos de monta que tienen la mayor parte de los que se juzgan punto menos que inviolables, los ciudadanos esos, digo, habrán echado la montera por los aires, gritando con toda la fuerza de sus averiados pulmones: ¡Hurra por el Director del Instituto de Cabra que nos ha quitado de encima á ese chinche que no nos dejaba un momento respirar con tranquilidad!

A mi amigo Pascual Cobo

(ALGO ASI COMO PARODIA Á CAMPOAMOR)

¡Pobre Pascual, quien diría!
que se habia de ausentar!
ved lo que el mundo decia
viendolo al pobre marchar.

Un quidam.—Era un tipejo,
no supo tenerse á raya,
Un ateneista viejo
—Me alegro de que se vaya.

Un clérigo.—Me dió un susto...
Nicolas.—Yo ya sali....

Un integrista.—¡Ay que gusto!
ya no me sacude á mí.

Un lector.—Y no era tonto!
Otro.—Voy á despedirme.

Nosotros.—Que vuelvas pronto
para que pegues de firme

Su madre.—¡Adios hijo mio!

Su novia.—¿Me olvidarás?

Nuestro Director.—Confío
en que nos escribirás.

Dos personas importantes
—Escribia sin canguelo.

El ateneista de antes
—Ese, valiente chincelo.

—¡Bravo!—Le dicen los buenos

—¡Adios! dicen los demás

El Danzarin.—Uno menos.

Y los de Cabra.—Uno más.

J. G.

Compases de espera.

Sr. J. A.—No podemos complacerle á V. por que eso es de lo más desastroso que se conoce.

Sr. B. A.—Si yo me atreviera á llamarle á V. cochino, se lo llamaba, ¡vaya si se lo llamaba!

El respecto á las lectoras me lo impide.

Sr. Chipelin.—Ni *Economías* ni *Mala sombra*, son publicables. En el verso podría V. llegar á hacer algo bueno si pusiese V. más cuidado. Trabaje V. y quién sabe si antes de poco no podrá aparecer su firma en el periódico.

Sr. Ana-Cleto.—Insertamos todo lo que nos há enviado. Tendríamos mucho gusto en que se pasase V. por aquí para conocerle y ofrecerle una plaza en el periódico.

Sr. Teótimo.—Nos vamos volviendo locos en la redaccion, averiguando quien eres y no podemos dar en el *quid*. Nos gusta tu carta por que está bien escrita y por que dices verdades como puños ¿Quiéres pasarte por aquí, y ayudarnos en nuestras tareas? Contéstame.

Imprenta de EL DANZARIN.



Este insigne Vitoriano
es guapo, canta en la mano-
y habla como un orador,
y es sin duda, un cortador
muy listo y muy campechano.